

El reloj de arena- Francisco de Quevedo

¿Qué tienes que contar, reloj molesto,
en un soplo de vida desdichada
que se pasa tan presto?
¿En un camino que es una jornada
breve y estrecha de este al otro polo, 5
siendo jornada que es un paso solo?
Que si son mis trabajos y mis penas,
no alcanzaras allá, si capaz vaso
fueses de las arenas,
en donde el alto mar detiene el paso. 10
Deja pasar las horas sin sentir las,
que no quiero medirlas,
ni que me notifiques de esa suerte
los términos forzosos de la muerte.
No me hagas más guerra, 15
dájame y nombre de piadosa cobra,
que harto tiempo me sobra
para dormir debajo de la tierra.
Pero si acaso por oficio tienes
el contarme la vida, 20
presto descansarás, que los cuidados
mal acondicionados
que alimenta lloroso
el corazón cuitado y lastimoso,
y la llama atrevida 25
que amor, ¡triste de mí!, arde en mis venas
(menos de sangre que de fuego llenas),
no sólo me apresura
la muerte pero abréviame el camino:
pues con pie doloroso, 30
mísero peregrino,
doy cercos a la negra sepultura.
Bien sé que soy aliento fugitivo;
ya sé, ya temo, ya también espero
que he de ser polvo, como tú, si muero; 35
y que soy vidrio, como tú, si vivo.

ANÁLISIS MÉTRICO

Quevedo utiliza la Silva en esta composición. Es de origen italiano en una extensión indeterminada de versos de siete y once sílabas combinados y rimados libremente en consonante y en la que puede dejarse algunos versos de siete y once sílabas combinados y rimados libremente y en la que pueden dejarse algunos versos libres sin rima, presentando pues una tendencia anti-estrófica. Las “*Sylvae*” de Estacio (40-96.d.C) fueron su antecedente. Fue introducida en la lírica española por Luis de Góngora en sus *Soledades*.

La silva quevediana está compuesta por 2 estancias de idéntico número de versos engarzadas por la conjunción adversativa “pero”, evocando de esta manera la simetría inversa de las dos ampolletas iguales pero, como hemos señalado, invertidas (la una opuesta a la otra en la estructura de un reloj de arena).

CONTEXTUALIZACIÓN

Escrita antes de 1611, tenemos en esta Silva un buen ejemplo de cómo el poeta barroco puede remontar el vuelo poético a partir del apóstrofe a un objeto en apariencia insignificante. No obstante, debemos señalar que el constituye una auténtica moda en el arte barroco, pues tenemos de ello constancia en gran cantidad de obras pictóricas y literarias. El mismo Quevedo escribió dos composiciones más sobre el reloj de campanilla y el reloj de sol, respectivamente.

EL TEMA Y SU TRATAMIENTO

El tema es de herencia senequista por la reflexión en torno a la brevedad de la vida. El sujeto poemático rememora su finitud temporal al observar el funcionamiento de un reloj de arena. Sabido es que la fugacidad del tiempo y la condición temporal humana desde una perspectiva existencial fue tratada por Quevedo en múltiples composiciones en las que la muerte no aparece como un hecho puntual, sino que por el contrario anida en lo más íntimo del ser humano. La vida es interpretada, en efecto, como un caminar irrevocable hacia el acabamiento del ser. A este propósito evocamos el contenido de uno de sus sonetos más célebres:

“¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?/Aquí de los antaños, que he vivido:/la fortuna mis tiempos ha mordido,/las horas mi locura las esconde./¡Que sin poder saber cómo ni adónde /la salud y la edad se hayan huido!/Falta la vida, asiste lo vivido,/y no hay calamidad que no me ronde./Ayer se fue, Mañana no ha llegado/,Hoy se está yendo sin parar un punto; /soy un fue y un será y un es cansado./En el Hoy y Mañana y Ayer junto/ pañales y mortaja, y he quedado/ presentes sucesiones de difunto.”

Encontramos semas de tiempo gastado y tiempo por gastar que proliferan en la primera parte de la silva (“dejar pasar las horas”, “harto tiempo me sobra”), En tanto que en la segunda encontramos expresiones como: “me apresura la muerte”, “abréviame el camino”. Varios encabalgamientos aceleran el ritmo de la composición hacia su conclusión.

Toda la enunciación del poema se inscribe en una apóstrofe al reloj de arena que queda personificado en su misma interpelación en un tiempo presente. Este recurso dota al poema de mayor animación y las reflexiones del poeta ganan en vivacidad. La composición se abre con dos interrogativas retóricas y continúa con una sucesión de imperativos con función apelativa en las que se pone de manifiesto la pugna inútil (por lo irrevocable) con el transcurrir imparabile del tiempo representada en el emblema del reloj en la primera parte de la composición: “¿Qué tienes que contar reloj molesto/ en un soplo de vida desdichada...?/ “Deja pasar las horas sin sentirlas, que no quiero medirlas “/ “no me hagas más guerra...y nombre de piadoso cobra”.

Se ponderan de forma hiperbólica los sufrimientos del poeta: “que son mis trabajos y mis penas, / no alcanzarás, si capaz vaso/ fueses de las arenas / en donde el alto mar detiene el paso”. El “alto mar” es metáfora de la muerte, que detiene el paso de las arenas “de la vida, y a la que el tiempo no puede alcanzar. Se prefigura el lamento producido por penas de amor de la segunda parte, y que contribuyen, a decir del poeta, a precipitar su final expresado de forma metonímica en “el pie doloroso/mísero peregrino/doy cercos a la negra sepultura “

En la segunda parte, el tono ha cambiado de la confrontación a la aceptación, pero sin dejar de lamentarse aun cuando de forma contenida. Formula un estoicismo pesimista barroco, marco ideológico en el que el poeta se sabe decididamente, resignadamente, individuo apresado en el tiempo y involucrado en un sucederse irrefutablemente hacia la muerte que supone el aniquilamiento del ser.

El final es brillante por la identificación entre el individuo y el emblema:

ya sé, ya temo, ya también espero
que he de ser polvo, como tú, si muero;
y que soy vidrio, como tú, si vivo.

Poniendo de relieve de forma nihilista la fragilidad y la contingencia de la vida que se resuelve en "polvo/arena", imagen de la inanidad de la existencia.